



James Nelson Novoa

**Un humanista sefardí en Nápoles.
León Hebreo y sus «Diálogos de amor»: un hombre y un texto entre dos mundos**

La figura y la obra de Yehudah Abarbanel, más conocido como León Hebreo, son de enorme interés para estudiosos de las relaciones literarias y culturales italo-ibéricas al comienzo del siglo XVI. Sus Diálogos de amor distan de ser una simple curiosidad libresca. El hecho que la obra de un literato sefardí, formado en Portugal y España alcanzara un éxito indiscutible en la cultura europea del periodo renacentista, con tres traducciones castellanas impresas y dos inéditas, dos francesas, una latina y nueve ediciones italianas tan sólo en el siglo XVI, es ya motivo suficiente para estudiarla. Sin embargo, por su contenido y por las circunstancias de su composición, redacción y publicación, los Diálogos de amor de León Hebreo merecen una mención aparte. Se trata de una figura singular, un hijo, sin lugar a dudas de su contexto y su tiempo, pero precisamente por situarse a caballo entre el ocaso de la cultura sefardí en España y la dominación aragonesa en el sur de Italia.

En esta insigne figura la tradición hispano-judaica abraza la cultura del Renacimiento italiano al hacer circular sus Diálogos de amor en lengua italiana y al adoptar el género literario vigente de la época, común a las obras con ambiciones filosóficas como a las muestras del arte de la civile conversazione, cultivada en torno de la vida de las cortes en la primera

mitad del siglo XVI. Marcados por un enorme sincretismo, por su decisión de adoptar las corrientes filosóficas del momento, al igual que sus temas predilectos y sus topoi, en su ideario de raigambre judaica, León Hebreo demuestra una apertura inaudita hacia el nuevo mundo donde se encontró tras su exilio de la Península Ibérica. Por las circunstancias de su vida pero también por la genialidad de su figura, en él confluyeron el canto de cisne de la cultura sefardí en el suelo ibérico y aquel periodo histórico contradictorio y complejo que se ha llamado Renacimiento.

Los datos biográficos certeros de Yehudah Abarbanel son pocos. Nacido en torno a 1460, en Lisboa, el hijo del último gran exégeta y filósofo sefardí, además de influyente figura política, Isaac Abarbanel (1437-1508), Yehudah recibió una esmerada formación humanística y religiosa. La familia Abarbanel era una vieja estirpe peninsular y el bisabuelo de Yehudah, Samuel Abarbanel, por ejemplo, había gozado de la confianza de tres reyes castellanos en el siglo XIV¹. Médico de formación, gozó, gracias a sus estudios y al prestigio de su padre, de una amplia cultura humanística, fuertemente influida por el humanismo ibérico además de la filosofía judía e islámica en aquel momento histórico que vio el ocaso de la presencia sefardí en España y Portugal². Isaac ostentaba un importante cargo público en la corte del rey Alfonso V, que perdió bajo su sucesor João II, quien lo acusó de haber estado comprometido en una conspiración contra el monarca portugués. Esto lo obligó a huir a España en 1483 con su familia. En poco tiempo su padre amasó una respetable fortuna económica en tierras castellanas, gracias a la cual ganó la confianza del cardenal Pedro González de Mendoza y los Reyes Católicos, estableciéndose en Alcalá de Henares y ayudando a subvencionar la toma de Granada de 1492³. De la vida y las actividades de Yehudah en estos años nada se sabe y, pese a la fantasía de algún que otro estudioso, hasta ahora no nos han llegado testimonios seguros. Tanto sus Diálogos de amor como sus poesías en hebreo que nos han llegado demuestran la amplia cultura filosófica y clásica de Yehudah al igual que una indiscutible destreza en el manejo de la lengua hebrea, ambas, podemos suponer, que poseía antes de dejar España en 1492⁴.

Con el edicto de expulsión de Fernando e Isabel, Isaac con su familia decidió establecerse no en Portugal, el norte de África o el Imperio otomano como muchos de sus correligionarios, sino en Italia, en el Reino de Nápoles. Allí los judíos gozaban de una situación relativamente favorable durante siglos, algo que fue confirmado durante la dominación aragonesa bajo Alfonso el Magnánimo y su hijo, Ferrante II, al menos en el caso de este último por su manifiesta simpatía hacia ellos⁵. Una fuente judía afirma que Isaac rápidamente entró al servicio del monarca aragonés, aunque nuevamente no poseemos documentación que apoye semejante afirmación, algo debido, tal vez, a los numerosos estragos padecidos por los archivos napolitanos. El primer dato seguro y significativo con respecto a la presencia de Yehudah en la ciudad partenopea es del año 1494 en que el sucesor de Ferrante II, Alfonso II le concede a Yehudah y su familia los mismos privilegios que los demás judíos residentes en la ciudad⁶. La irrupción del ejército francés de Carlos VIII en el reino parece haber provocado la dispersión de la familia pues mientras que el padre siguió el séquito del monarca aragonés a Sicilia donde Alfonso II

murió después de abdicar, en 1495, si nos hemos de fiar de una fuente literaria judía de mediados del siglo XVI, Yehudah se refugió por un tiempo en Génova donde ejerció la profesión de médico⁷. Todo parece indicar que la estancia genovesa fuera corta y que durara de 1496 a 1497, año en que se juntara con su padre y familia en Monopoli, puerto en la costa pullesa que, desde 1495 había pasado a la República de Venecia⁸. La siguiente noticia documentada sitúa Yehudah en Barletta en mayo del 1501, donde recibió un salvoconducto junto a su padre para ir a Nápoles de parte del nuevo rey aragonés, Federico II (rey de 1495 a 1501)⁹. Si Yehudah aprovechó la ocasión para alcanzar Nápoles no se sabe. Hubiera sido cuando menos difícil pues una nueva incursión francesa por parte de Luis XII y española en junio del 1501 bajo el liderazgo de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, en el Reino de Nápoles hizo que el último monarca aragonés se rindiese a los franceses en aquel año. Todo parece indicar que, junto a su padre Yehudah estuvo vinculado al Gran Capitán quien tenía su campamento, justamente en Barletta, hasta 1503¹⁰.

El advenimiento del dominio español en Nápoles, con el Gran Capitán como primer virrey a partir del 16 de mayo 1504, hasta el 11 de junio 1507, fue un acontecimiento favorable para Yehudah. Parece que la confianza ganada durante la estancia en Barletta fue tal que éste hizo de Abarbanel su médico personal en 1504, por lo menos si nos atenemos a las palabras de su padre¹¹. En torno a 1503 Isaac Abarbanel se había trasladado a Venecia, donde murió en 1508. Parece ser que Yehudah había vivido junto a él en la ciudad de la laguna hasta aceptar el cargo del Gran Capitán¹². Bajo la corona española asistimos allí a un deterioro progresivo de la situación de los judíos que culminaría en la expulsión definitiva en 1541 de todo el Reino de Nápoles¹³. La presencia del rey Fernando el Católico en la ciudad de Nápoles, del 1506 al 1507, agudizó tal situación: quiso imponer a los judíos una señal distintiva de tela de color rojo que se había de llevar expuesto en el pecho además de esforzarse por su expulsión, medida a la que se opuso el Gran Capitán, alegando razones de índole económica¹⁴. El 23 de noviembre 1510 se publicó un edicto de expulsión de los judíos del Reino de Nápoles pero no fue consumada del todo, pues de ella quedaron exentas doscientas familias judías que podían pagar una multa de 3000 ducados cada año, mientras que alrededor de 30 000 judíos tuvieron que salir del Reino entre 1510 y julio del 1511¹⁵. Exactamente diez años después, el 23 de noviembre 1520, «León Abravanel, médico y su casa» aparecen relacionados con Nápoles nuevamente, cuando, en una serie de directivas procedentes de la corte concernientes a garantías a los judíos que aún permanecían en el Reino, se mencionó su nombre durante el virreinato de Ramón de Cordona (Virrey entre 1510 y 1522). Junto con su familia, León Hebreo fue exonerado en 1520 de pagar dicha multa¹⁶. Mientras tanto existen datos que nos hacen pensar en su presencia en Ferrara en 1516 y Pesaro en 1520¹⁷.

Las últimas noticias napolitanas de la vida de Yehudah nos vienen dadas por el cronista veneciano Marino Sañudo en sus Diarii. Llevan a 1521, cuando se le confió la salud del destacado prelado y cardenal Raffaele Riario de San Giorgio, aquejado de un mal que no podemos identificar¹⁸. Éste fue encomendado a «Lion hebreo medico dil Vicerè» quien se ocupó de él durante los meses de marzo y abril. El mismo pasaje de los diarios de

Sañudo nos informa que fue Maestro Lion hebreo quien intervino ante el virrey para contrarrestar el acoso de un fraile franciscano, Fra Francesco de l'Angelina, quien pedía que se impusiese un gorro amarillo a los judíos del Reino, como en Venecia¹⁹. Tristemente los esfuerzos de Abarbanel solamente postergaron las medidas antijudaicas y el 28 de abril de 1521 se publicó un decreto imponiendo el gorro amarillo a los judíos del Reino²⁰. Algunas fuentes no oficiales apuntan hacia una estancia romana. El proemio de la segunda de las traducciones en lengua castellana de los Diálogos de amor, de 1582, publicada en Zaragoza, a cargo del literato aragonés Carlos Montesa, menciona su presencia en Roma, donde gozó del favor de ambientes eclesiásticos en la ciudad eterna entre los cuales era conocido por su «[...] buena doctrina y dulce conversación»²¹. Una colección de poemas -compuestos por miembros de la Accademia Romana o personas relacionados con ella- la mayor parte en latín, con uno en griego y otro en hebreo se imprimió en Roma en 1522. La composición en lengua hebrea está atribuida a un tal Leonis Judei y el nombre Leo doctor hebreus aparece en el censo de Roma de diciembre 1526 y enero 1527²². Una carta, fechada en 1533, recientemente hallada, habla de un médico que vive en Roma, Leoni Hebrejo a quien se le pide su intervención en materia amorosa²³.

La última alusión a la vida León Hebreo nos confirma su muerte, acaecida antes de 1535. Se trata de la dedicatoria a la editio princeps de los tres Diálogos de amor. En ella, Mariano Lenzi, miembro de la comunidad senesa de Roma habla de las sombras que encubrían al Maestro Leone y sus Diálogos de amor, de las cuales sacó la obra. Se la dedicó a una señora de la nobleza senesa, poetisa menor, Aurelia Petrucci²⁴. En su dedicatoria, llena de alusiones mitológicas y de tópicos neoplatónicos, Lenzi claramente encuadra la obra de León Hebreo en la producción literaria culta del siglo XVI, con pretensiones filosóficas para la cual el género del diálogo y la temática amorosa eran moneda común²⁵. Esta primera edición como a cargo de un destacado impresor, Antonio Blado d'Asola que desarrolló una gran actividad en la Roma de los Quinientos y quien publicó, además, los Discursos, las Historias y el Príncipe de Nicolò Machiavelli, el Orlando furioso de Ludovic o Ariosto y numerosas obras clásicas de la literatura patrística por encargo eclesiástico²⁶. La obra publicada por Blado en 1535 contenía tres diálogos que se titulan, respectivamente: D'amore e desiderio, Della comunità d'amore, y De l'origine d'amore.

De Lenzi no sabemos casi nada salvo un dato muy importante: estuvo en contacto, tal vez, incluso, por motivos comerciales, con el literato senés, también habitante en Roma, Claudio Tolomei, autor también de varias obras y gran teórico del correcto uso del toscano en su tratado Cesano della lingua toscana, compuesto entre 1525 y 1527²⁷.

Pero sabemos que la obra de León Hebreo había sido parcialmente publicada en torno a los años veinte. Una edición del segundo diálogo, titulado Libro de l'amore divino et humano la había publicado, probablemente en Florencia, el impresor florentino Benedetto Giunti de la célebre editorial Giunti, asentada en Florencia desde 1497²⁸. La edición estuvo a cargo de Leonardo Marso d'Avezzano, oriundo de los Abruzos, literato menor quien vivió a caballo de los siglos XV y XVI quien, a su vez se dedicó a dicha labor a instancias del prelado también de origen abruces, Benardino

Silverio de Piccolomini, de Celano, quien llegó a ser obispo de Téramo y arzobispo de Sorrento, muerto en 1522 y que había encomendado a Marco d'Avezzano una traducción latina de la obra entera. Por la dedicatoria se sabe que quería que la edición completa de los Diálogos estuviera dedicada a Don Alfonso Piccolomini, III Duque de Amalfi, hijo de Alfonso II de Aragón, el marido de Costanza d'Avalos, quien, luego, primero entre 1528, más tarde entre 1530 y 1531 y finalmente 1541 fue gobernador de Sena bajo Carlos V²⁹. Esta edición parcial de la obra de León Hebreo nos sitúa ya en el ámbito de la Italia meridional antes de la editio princeps, algo que se hará más patente al estudiar la tradición manuscrita del texto.

Se sabe que, de alguna manera los Diálogos de amor circulaban ya en manuscritos antes de la edición de Blado, pues fueron mencionados por Baldassar Castiglione, quien, en tres cartas desde España en 1525 menciona los «libri di Maestro Leone»³⁰. Cinco manuscritos, todos del tercer diálogo, nos han llegado: el ms. Barberiniano Latino 3743 de la Biblioteca del Vaticano, el ms. Harley 5423 de la British Library de Londres, el ms. Patetta 373 de la Biblioteca del Vaticano, el ms. Western 22 de la Manuscripts and Rare Books Room, Butler Library, Columbia University en Nueva York y el ms. 22 de la Biblioteca Comunale de Ascoli Piceno. El estudio comparado de estos testimonios demuestra que, a través del tiempo, el texto de los Diálogos de amor sufrió una toscanización progresiva hasta que cobró la forma que tuvo en la editio princeps de Roma. Los códices más cercanos al texto de la edición de 1535, el ms. Barberiniano Latino 3743 y el ms. Harley 5423 de la British Library, demuestran ya una depuración progresiva con la eliminación de numerosos latinismos, típicos de la prosa filosófica de finales del siglo XV hasta pretender alcanzar un toscano culto, literario, de acuerdo con las exigencias de la prosa de los primeros decenios del siglo XVI³¹. Se ha destacado, además, la falta de un estilo particular literario presente en los Diálogos de amor, como si, carente de giros particulares, la prosa del autor sefardí mirara, sobre todo, a transmitir su contenido, al detrimento de la forma³². Ateniéndonos al estudio de las filigranas en el caso del primer de los manuscritos y a noticias sobre la actividad del amanuense en el caso del segundo, cabe pensar que ambos se copiaron entre 1524 y 1536 o 1524 y 1527 respectivamente³³.

Los otros tres indican una redacción anterior, situada en el segundo decenio del siglo XVI y al menos uno de ellos, el ms. Patetta 373 ha sido datado entre 1511 y 1513, o sea, según los datos de que disponemos, durante la vida del autor y, en particular, durante su estancia en Nápoles³⁴. Hay un grado de parentesco entre los tres tanto desde el punto de vista formal como redaccional³⁵. Además de estos aspectos, los tres manuscritos tienen en común algunos elementos léxicos y morfológicos que hacen entrever la impronta de elementos dialectales de la Italia meridional y de voces ibéricas, situándolos en el lado alto del stemma en la tradición manuscrita. Todo aquello aboga por un arquetipo fuertemente impregnado por estos elementos meridionales e ibéricos³⁶.

Un pasaje en el tercer diálogo refiere el año en que transcurre. Basándose en la princeps, los estudiosos suelen fechar la redacción en torno a 1501 y 1502³⁷. Tal fecha aparece también en el ms. Barberiniano Latino 3743³⁸. En cambio los mss. Patetta 373, Western 22 y Ascoli Pice no 22 dan el año

1511-151239. El ms. Harley 5423 lleva una corrección, pues el amanuense tacha el año de 1476-1477 para sustituirlo con el año 1511-151240. De ser esta la verdadera fecha que salió de la pluma del autor, ello situaría la redacción del tercer diálogo durante los años transcurridos por el autor en Nápoles dado los datos que disponemos en cuanto a su presencia en la ciudad en aquel periodo.

No hay parecer unánime sobre en qué lengua Abarbanel compuso sus Diálogos de amor. Recientemente se ha sugerido que en italiano⁴¹, hebreo⁴², latín⁴³, castellano⁴⁴ o en portugués⁴⁵. Ateniéndose a la fecha señalada en la princeps y el ms. Barberiniano Latino 3743, más de un estudioso ha expresado su incredulidad ante la posibilidad de que el literato sefardí, formado en Portugal y España, llegando al Reino de Nápoles con más de treinta años, en tan sólo diez años y habiendo casi siempre vivido en el sur de Italia, haya podido componer una imponente obra en un italiano toscano tan correcto⁴⁶. Los datos aportados por la tradición manuscrita del tercer diálogo parecen indicar que León Hebreo compuso los Diálogos de amor en una suerte de lengua híbrida de una koiné italiano meridional, fuertemente marcada por elementos ibéricos. Tras su redacción inicial el autor, consciente del prestigio del toscano y deseoso de que su obra circulase entre lectores italianos y cristianos, encomendó a manos más diestras en el manejo de la lengua literaria italiana para su progresiva re escritura, hasta que cobrase la forma que tuvo en su editio princeps de Roma, 1535.

La obra de Leone Ebre o se publicó en medio del gran debate sobre el correcto uso del italiano que vio la plétora de tratados lingüísticos en la primera mitad del siglo XVI. En la época de la llegada de León Hebreo, el Reino de Nápoles no era ajeno a la tendencia de adecuar la lengua al modelo del correcto italiano⁴⁷, y muchos fueron los autores cultos que se destacaron en prosa y poesía escrita en esa lengua italiana culto⁴⁸. La figura señera de esta producción fue, sin lugar a dudas, Jacopo Sannazaro, autor de la Arcadia, que se publicó con su beneplácito solamente en 1504 pese a haber iniciado su redacción alrededor de 1485. Las redacciones del autor, que fueron al menos dos, al igual que la intervención de copistas, dejan entrever ejemplos de rasgos dialectales de Italia meridional. En cambio, el texto que reconoció como definitivo y que salió a la imprenta en 1504, editado por Pietro Summonte (1463-1526) estaba compuesto de acuerdo con las normas que imperaban en aquellos momentos fuertemente influido por un toscano de sabor petrarquesco⁴⁹.

Al mismo tiempo hubo una literatura compuesta en el llamado napolitano mixto, una suerte de lengua napolitana culta usada por no muchos escritores del Quattrocento como Giovanni Bracanti para su traducción de la *Naturalis historia* de Plinio el Viejo y Diomedes Carafa⁵⁰. Ésta coexistía con otra, escrita en una especie de lengua híbrida de latín junto con una koiné meridional y el modelo toscano trazado por los maestros Boccaccio y Petrarca, como fue el caso de escritores de obras de prosa como Masuccio Salernitano y Francesco Del Tuppo y de poesía como el calabrés Giovanni Cosentino y el napolitano Girolamo Britonio⁵¹.

El vínculo con el Reino de Aragón en la segunda mitad del siglo XVI contribuyó a que varios escritores de la península se trasladasen a la corte del Reino de Nápoles. Allí se radicó el poeta Carvajal o Carvajales,

quien, alrededor de 1460, compuso poemas bilingües en castellano e italiano koiné compilados en varios cancioneros al igual que trilingües en castellano, italiano y latín⁵². Otra figura de los escritores españoles afincados en el Reino de Nápoles de la segunda mitad del siglo XV fue la del poeta de origen catalán, oriundo de Barcelona, Romeu Llull, cuya presencia en el Reino está documentada por vez primera entre 1466 y 1479. Este compuso una obra lírica en castellano, catalán y un italiano de fuerte sabor dialectal⁵³. Lupo de Spechio, en cambio, oriundo de Orihuela y quien acompañó al joven Ferrante II a Nápoles desde Barcelona en 1438 compuso la obra historiográfica en prosa, *Summa delli ri de Napuli e delli ri di Aragona*, dedicada a Alfonso de Aragón, duque de Calabria, en un italiano fuertemente dominada por la lengua koiné meridional pero que también refleja fenómenos lingüísticos que proceden del catalán⁵⁴. El ejemplo más emblemático de este fenómeno de escritores ibéricos radicados en el Reino de Nápoles durante el periodo aragonés y quien merece, decididamente, una mención aparte, es Benet Garret, más conocido bajo su nombre académico *il Cariteo* o *Cariteus*, poeta nacido en Barcelona, quien de joven se instaló en el Reino de Nápoles en torno al año 1467 o 1468. En 1486 había ya alcanzado un puesto de un cierto relieve en la corte pues era el *perceptor iurium regii sigilli magni* bajo el Rey Ferrante II. Frecuentó el círculo de Giovanni Pontano, secretario de la corte y estuvo presente en la vida cultural de la ciudad partenopea. Allí compuso una obra poética (sonetos, canciones, sextinas y baladas) en un italiano culto basado en el modelo toscano, que fue recogida y editada por Pietro Summonte, editor de la *Arcadia*, bajo en título de *Endimion*⁵⁵, y que vio dos ediciones napolitanas: una de 1506 y otra de 1509 durante la vida del autor⁵⁶.

Por su vida, trayectoria y por lo poco que sabemos o podemos intuir de la génesis redaccional de los *Diálogos de amor* le experiencia vital e intelectual de Yehudah Abarbanel se asemeja, al menos en parte, a aquella de estos cuatro escritores. En la flor de la madurez intelectual al llegar a Italia, su existencia, como hemos tenido ocasión de ver, transcurrió casi enteramente en el sur de Italia y a menudo en ambientes de lengua castellana. Por lo tanto lo normal sería suponer una obra fuertemente impregnada por usos dialectales de la Italia donde vivió y en que se vería reflejada la influencia de lenguas ibéricas. De querer que los *Diálogos de amor* alcanzara lectores cultos en toda Italia, lo normal hubiera sido encomendar a segundos o terceros una supervisión hasta que estuvieron redactados en el correcto italiano, según el modelo toscano en que aparecieron impresos.

En la obra del literato sefardí sorprende la ausencia de alusiones a sus coetáneos y a los debates filosóficos vigentes que otorga a los *Diálogos de amor* esa impresión de atemporalidad y dificulta encuadrarlos en un marco filosófico, cronológico e ideológico, específico. Ante el lector desfilan los nombres de Empédocles, Pitágoras, Platón, Aristóteles, Plotino, Temistio, Maimónides, Al-Farabi, Averroes, Avicena, Algazel y Salomón Ibn Gabirol. No aparece el nombre de ningún pensador cristiano y la única concesión a los tiempos en que fue compuesta la obra es la mención pasajera de la fecha del diálogo entre los interlocutores y, como hemos visto, dos alusiones a los viajes y los descubrimientos de los

españoles y portugueses⁵⁷.

Impresiona también la erudición del docto escritor quien demuestra una clara maestría de la cultura clásica, la filosofía judía y la literatura humanística, sin citar, como se ha visto, a ninguno de sus autores de manera explícita. El segundo diálogo es, nada menos que una imitación del *De Genealogia Deorum* de Giovanni Boccaccio, que conocía a fondo y demuestra una clara familiaridad con la problemática de la alegoría por parte de la tradición patrística expuesta en aquel tratado⁵⁸. En años recientes los estudiosos se han interrogado sobre fuentes judías y árabes del pensamiento de León Hebreo, destacando su dependencia de Maimónides y sugiriendo su uso de obras menores de la filosofía medieval árabe⁵⁹.

A través de la obra se puede constatar la fuerte dependencia de la filosofía y la religión judaica. Habla de il nostro rabi Moisé d'Egitto (Maimónides) y su Moreh (Guía de los descarriados) y de il nostro Albenzubron (Ibn Gabirol) y su Fons vitae y cita varios pasajes del Antiguo Testamento. En los Diálogos de amor el autor se ocupa de problemas que estaban en el centro de la especulación filosófica judía durante la Edad Media, algo que, seguramente pasó desapercibido a sus lectores renacentistas o que se podía justificar dado el sincretismo renacentista. En la obra *Abarbanel* aborda los problemas de la relación entre la razón y la fe, el problema de la causalidad y la eternidad del mundo, la astrología, la naturaleza del mundo sublunar y de la de la materia. Aunque sea claramente la obra de un judío y de un judío creyente, no lleva la impronta de las obras de tipo proselitístico que florecieron, sobre todo, en el siglo XVII y que tenía por objetivo a los marranos a quienes se intentaba incorporar en el seno de la comunidad de creyentes en la fe mosaica. No adopta jamás un tono beligerante o triunfalista. En ningún momento exalta la superioridad de la fe judía frente a las demás. Lo que sí que se ve a través de los Diálogos de amor es un intento de hacer que la fe judía sea comprensible para los lectores renacentistas del texto, apelando a la filosofía antigua, en particular al Neoplatonismo, el pensamiento medieval árabe y judío, la mitología y la Biblia, todos, elementos de una herencia intelectual y espiritual común al cristianismo y al judaísmo. Hay, incluso, alguna alusión a San Juan evangelista como uno de los seres que escaparon a la muerte junto con Enoch y Elías que existe en toda la tradición manuscrita y en todas las ediciones de la obra en cualquier idioma que no tenemos porque forzosamente considerar como espurio⁶⁰. Claramente estamos ante una obra sincrética, en que lo aparentemente dispar y contradictorio se reúne en un conjunto coherente como en otros autores del periodo renacentista.

En sí la incorporación de elementos de la *Weltanschauung* del Renacimiento por parte de pensadores judíos no era algo novedoso⁶¹. Donde sí que rompió los moldes fue en su decisión de utilizar el italiano pues para los judíos de la Italia del Renacimiento, la lengua de mayor prestigio era, sin lugar a dudas, el hebreo, lengua que se usaba para su producción filosófica, literaria y prestigiosa. Las bibliotecas particulares demuestran este dato por la ínfima cantidad de libros en lenguas que no sean el hebreo, algo que se puede constatar hasta bien entrado el siglo XVI⁶².

La comunidad judía de Nápoles durante el periodo aragonés no fue ajena a esta tendencia y entre finales del siglo XV y comienzos del XVI fue un

destacado centro para la producción de manuscritos y la impresión de libros en lengua hebrea. En este período las obras copiadas por amanuenses son de carácter filosófico, médico, exegético, jurídico, cabalístico, astronómico y litúrgico⁶³. A finales del siglo XV Nápoles, en particular, fue el segundo centro más importante para la impresión de libros en hebreo después de la Península Ibérica y el más importante en Italia tras la expulsión de España y la conversión forzada de Portugal. A finales del siglo XV, entre 1487 y 1492 se imprimieron la Biblia, un libro de oraciones según el rito sefardí, el comentario al Pentateuco de Abraham ibn Ezra y el Canon de la medicina de Avicena entre otras obras que ocupaban un lugar de prestigio en la tradición judía, y, en particular, en la sefardí⁶⁴. Al menos veintitrés fueron los libros en hebreo impresos en Nápoles en el siglo XV. Constituían el 10% de los libros editados en la ciudad y el 60% de los incunables hebreos publicados en Italia⁶⁵. De particular importancia fue la contribución de impresores de origen ibérico tanto por las obras que aportaron a la imprenta como por su aportación técnica. Lo que se considera el primer incunable en lengua hebrea publicado en Italia, el comentario de Razi al Pentateuco, en Reggio Calabria en 1475, por ejemplo, fue obra de un impresor de origen español y este libro fijó el tipo de letra llamada Razi que se ha usado durante siglos, basada sobre el estilo semicursivo sefardí⁶⁶.

A comienzos del siglo XVI la comunidad judía estaba compuesta por miembros de origen alemán, italiano, español, portugués y siciliano, estos últimos víctimas de la misma expulsión que los sefardíes⁶⁷. La llegada de los sefardíes fue un acontecimiento de una trascendencia indiscutible y a pesar de una reticencia inicial de parte de la comunidad judía existente en la ciudad de Nápoles, debido a la diferencia de costumbres y tradiciones y la acusación de que éstos trajeron la peste, en poco tiempo se afirmó su peso allí donde la familia Abarbanel tuvo en destacado papel⁶⁸. Un hermano de Yehudah, Samuel Abarbanel (1473-1546), conocido empresario judío, gozó del favor del virrey Pedro de Toledo a tal punto que lo pudo convencer a postergar la expulsión definitiva de los judíos del Reino de 1541, quedándose en Nápoles hasta 1543, fecha en que, con su familia y sus bienes, pudo abandonar la ciudad para establecerse en Ferrara⁶⁹. Otro judío de origen sefardí que pudo quedarse en la ciudad hasta el final de la presencia judía allí fue el rabino David ben Yosef ibn Yahya (1465-1543), nacido en Lisboa quien, entre 1525 y 1541 fue el jefe espiritual de la comunidad en la capital del Reino⁷⁰.

Aparte estancias breves, la vida de León Hebreo en la península ibérica transcurrió, sobre todo, en el Reino de Nápoles y a menudo sometido a las vicisitudes de la presencia titubeante de la vida judía en la misma. De ser su interlocutor natural aquel mundo sefardí afincado en el sur de Italia, hubiera sido del todo comprensible, por lo tanto, que escribiera sus Diálogos de amor en español o hebreo y que los hiciera circular como tal, para alcanzar un público de lectores sefardíes. No podemos sino concluir que Yehudah Abarbanel o León Hebreo se dirigía al mundo italiano y cristiano, pero como representante de la tradición sefardí y de la fe judía presentada de manera inteligible a los lectores del siglo XVI, respaldándose en una cultura humanística y bíblica, sincrética, común a todos los artífices del ideario del Renacimiento.

Fueron recibidos por los lectores del siglo XVI en Italia y fuera como un texto emblemático de la época, o como, tal vez, el mejor ejemplo de los trattati d'amore que abundaron en la geografía literaria de aquel siglo. Tuvieron una indiscutible irradiación europea, sirviendo como una suerte de manual tanto de amor cortés como de filosofía neoplatónica. Numerosos fueron los autores que bebieron de estas fuentes para géneros tan dispares como la lírica, la novela pastoril, el teatro y el diálogo⁷¹. Por el hecho de adoptar la lengua de su tierra de acogida, por su deseo de ver la obra circular en ella de la mejor manera posible y por su empleo del género literario del momento, el diálogo, los Diálogos de amor de León Hebreo son una obra de apertura. Apertura hacia el mundo cristiano y hacia el nuevo ambiente renacentista, en particular. En ellos lo sefardí y lo hispánico abarcan la totalidad de la cosmovisión del Renacimiento. De innegable trasfondo judío, los Diálogos de amor adquieren una universalidad, por sus temas, por su manera de tratarlos y por su éxito entre los lectores. Son un ejemplo de la fusión de lo hispano y lo italiano y tuvieron como telón de fondo aquella presencia ibérica en Italia que fue el Reino de Nápoles. La confluencia de tal presencia y la expulsión de España de los judíos permitió la creación de aquella obra tan singular, sefardí e itálica a la vez, de Yehudah Abarbanel o León Hebreo.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo